

XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia.  
Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2017.

# Los epígonos de la Nueva Escuela Histórica y la Revolución Libertadora.

Rojas Agustín.

Cita:

Rojas Agustín (2017). *Los epígonos de la Nueva Escuela Histórica y la Revolución Libertadora. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/614>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

**Título:** “Los epígonos de la Nueva Escuela Histórica y la Revolución Libertadora”

**Mesa:** 115

**Nombre y Apellido:** Rojas Agustín

**Procedencia institucional:** Universidad Nacional de Córdoba

**Nivel Alcanzado:** Licenciado y Doctorado en curso

**Email:** agustinrojas\_0302@hotmail.com

**Intereses por publicar en Actas:** sí

### Introducción

Intentaremos en este trabajo, en efecto, indagar las identidades socioprofesionales de historiadores profesionales, epígonos de la Nueva Escuela Histórica<sup>1</sup>, tales como Enrique M. Barba (1909-1988), Carlos S.A. Segreti (1920-1998) y Ernesto J. Maeder (1931-2015) bajo la inmediata proscripción del peronismo en el gobierno de facto autodenominado “Revolución Libertadora”. Los mismos definieron en su estrategia intelectual una filiación hacia los historiadores-juristas de la Nueva Escuela Histórica, Ricardo Levene y Emilio Ravignani, específicamente articulándose mediante *redes intelectuales* proporcionándose solidaridades recíprocas. De acuerdo a Nora Pagano, los mismos buscaron legitimarse en espacios institucionales, esencialmente académicos, y redes política-historiográficas<sup>2</sup>. El imaginario institucional clásico y el mito de origen en Mitre sustentaron, en gran medida, los artificios de este heterogéneo grupo de profesionales que compartían preceptos historiográficos. Formulándose posteriormente como la primera generación de historiadores profesionales, lograron instalarse exitosamente en el entramado institucional de la educación superior y múltiples vínculos con el Estado reconociendo éste tempranamente sus méritos<sup>3</sup>. Otras redes fuera del poder político, indispensables para alcanzar una auténtica perspectiva “nacional”, fueron aquellas ejercidas con historiadores de provincias creando filiales en el Interior y programas de colaboración, intercambios y reconocimientos legitimantes de sus constructos.

Conservaron en su especialización en historia política del siglo XIX argentino, en el caso de Barba y Segreti, e Historia Colonial en Maeder, un relato en clave americanista análogo al de sus predecesores tanto en su marco epistemológico como en la dimensión ética-estética. Son historiadores que no rompen con la tradición historiográfica clásica pero que a partir del golpe de estado a Perón, en 1955, adquieren posiciones objetivas de poder y prestigio en el campo historiográfico e institucional, amparados por la proscripción política del populismo, adaptándose a las subsiguientes dictaduras y los gobiernos semidemocráticos.

Un golpe de Estado, perpetrado un dieciséis de septiembre de 1955 por la autodenominada Revolución Libertadora, finalizó el mandato constitucional de Juan

---

1 Con el término *epígono* intentamos elaborar una distinción conceptual con respecto a *discípulo* cuya rigidez anula las posibilidades de los imaginarios y usos del pasado. El término proviene de la palabra griega *Ἐπίγονοι*, refiriéndose a “nacido después” o “advenido luego”, conservando el canon o tradición inculcada.

2 PAGANO, Nora. *La Nueva Escuela Histórica*. En: DEVOTO, Fernando; PAGANO, Nora. *Historia de la Historiografía argentina*. Sudamericana. Buenos Aires. 2009. pp.140-141

3 *Ibíd.* pp.142-143.

Domingo Perón. La aparente imposibilidad de reemplazo democrático del gobierno, su hostilidad hacia los sectores opositores y el carácter transgresor en la cultura política vigente, en parte, engendraron los intereses articuladores de la importante movilización cívico-militar. Tras asumir el poder público las autoridades castrenses con colaboradores civiles, luego de sublevaciones en distintos puntos del país, Eduardo Lonardi dispuso la supresión de los poderes institucionales hasta la fecha vigentes y la persecución de figuras públicas vinculadas al “régimen” depuesto. La elevación institucional del slogan político *Ni vencederos ni vencidos*, recuperaba en los escenarios políticos e intelectuales tensiones simbólicas e imágenes rectificadoras de la historiografía liberal. La asociación oficial de Caseros con el '55 implicaba la sugestión de la *segunda tiranía*, que para el consenso antiperonista representaban los gobiernos de Perón<sup>4</sup>.

María Estela Spinelli insiste en destacar la intensa participación de civiles en las distintas etapas de ejecución de la desestabilización. Aunque eran de extracciones ideológicas y partidarias diferentes conservaban, de acuerdo a la autora, “su identificación genérica con valores socioculturales y políticos de una pretendida tradición republicana y el rechazo de la cultura popular del peronismo, como la negación o la antítesis de ésta. Los antiperonistas impugnaron el modo en que el peronismo concibió y practicó la política”<sup>5</sup>. La escisión social y exacerbación de antagonismos derivó en la inestabilidad del sistema político donde los actores disputaban las estructuras de poder en base a una crisis de hegemonía sin quedar ninguna facción conforme. La crisis de representación en el sistema político argentino, dilatada desde el golpe cívico-militar de 1930 contra el gobierno constitucional de Hipólito Yrigoyen, en sintonía con las repercusiones negativas de la crisis económica, el autoritarismo proscriptivo de fórmulas políticas y la restauración conservadora, intentó superarse parcialmente por la segunda democracia de masas argentina reviviendo el fenómeno populista latinoamericano.

El peronismo fortaleció al sistema político al introducir una intención autoritaria de articulación entre el Estado y la Sociedad Civil, reinstalando la dimensión política participativa. Sin embargo, la misma entró en un período crítico tras la violenta y paulatina polarización entre 1943 y 1955. En el período 1943-1955, Barba era ya un reconocido profesional, Segreti y Maeder jóvenes estudiantes, se involucraron en la experiencia política desde un lugar de oposición, conservando dicha identidad antagónica incluso mucho después de concluido el período de proscripción. Adaptados al clima político vigente aceptaron los recursos disponibles y construyeron sus trayectorias académicas dentro del campo universitario y los escenarios intelectuales argentinos e hispanoamericanos.

---

4 La crisis del '30 –precipitando al liberalismo económico a acusaciones de desgaste– y el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial en el escenario internacional, estimularon prolíficas corrientes interpretativas acercándose a clásicos problemas de la filosofía política. La *democracia* fue objeto de múltiples resignificaciones en el siglo XX contenidas básicamente en dos tradiciones: la liberal anglosajona y la social polemizando el origen de la legitimidad. La irrupción del peronismo se basó en una redefinición de lo propiamente “democrático”. Claramente en el transcurso entre la Gran Depresión y las presidencias de Perón, el incremento de conductas o manifestaciones públicas, por parte de los historiadores profesionales, condujo a intervenciones más sensibles. Intensas “militancias historiográficas”, si bien no inéditas y sin entrar por ello en conflicto con su oficio, adquirirían proporciones novedosas. En primer lugar, porque la madurez y el reconocimiento social de dichas figuras ya era notorio y ponían a disposición explícita o ambiguamente su capital a causas y “pasiones” políticas. Por otro lado, la inmiscusión de la política internacional en los asuntos nacionales tenía como correlato inevitable asociaciones, valoraciones simbólicas con disímiles alcances.

5 SPINELLI, María Estela. *Los Vencederos Vencidos*. Biblios. Buenos Aires 2007. pp.14-15

## Científicos y militantes políticos: adscripciones partidarias

Los epígonos se adscribieron a un lugar ambiguo en su autoconstrucción intelectual. Mientras aceptaban involucrarse en estructuras partidarias, preferían la identidad de profesional o “técnico” antes que la de intelectual interventor en los escenarios públicos. Fernando Devoto es crítico del análisis reduccionista que opone un determinado bloque político-cultural “nacionalista” contra otro de mote imaginario “liberal”: “En realidad parece más plausible argumentar que la aparición del peronismo dividió en dos a casi todas las tradiciones intelectuales argentinas y también a las personas encanadas en instituciones estatales”<sup>6</sup>. A manera de ejemplo, el autor expone los casos de revisionistas y nacionalistas como Julio Irazusta presentes en filas opositoras al peronismo. Cabe destacar que la relación entre los proyectos o definiciones nacionalistas y el Estado entre los años 1943 y 1955, tienen una sensible diferencia con el nacionalismo que se cristalizaron en el gobierno de Uriburu pese a las características compartidas –puntualmente el corporativismo y el tradicionalismo conservador–. Magallón Anaya, a la vez, sostiene que los antagonismos de intereses en el “Tercer Mundo” redefinieron los contenidos simbólicos del poder político y la democratización social dentro de un marco de tensiones entre el Estado y la Sociedad Civil<sup>7</sup>. Las complejidades lingüísticas-políticas del caso latinoamericano deben relacionarse a los intentos modernizadores y sus tensiones internas propias del siglo XX expresadas en las elites culturales.

Los epígonos aquí analizados, ubicados en el heterogéneo arco antiperonista (Barba y Segreti en el radicalismo tradicionalista de la Unión Cívica Radical del Pueblo, y Meader entre las filas de la Democracia Cristiana) demostraron articularse en la frágil alianza cívico-militar de 1955. Accedieron a posiciones de poder, prestigio y control de recursos colaborando culturalmente en fundamentar la legitimidad de la proscripción legal del peronismo. Con matices diferentes, coincidían políticamente como prioridad la prevalencia de un orden institucional sólido sobre las demandas inmediatas. Las diferencias estriaban en el laicismo de Barba, Caillet-Bois y Segreti frente al catolicismo militante de Maeder. No obstante, discurso liberal clásico en su extensión heterogénea les ofrecía a todos ellos las herramientas para analizar la intervención de las masas entre 1945 y 1955.

Las corrientes liberales en Latinoamérica, cuyas primeras conquistas remontan al siglo XIX, se arraigaron profundamente entre las elites culturales e instituciones públicas, teniendo un desgate parcial tras la crisis mundial de 1929. El concepto *liberal* implica una polisemia compleja que se oscurece en el entramado político partidario, es decir, en los usos y alcances políticos. Como bien explica Friedrich Hayek, al trasladarse al continente americano las ideologías europeas las adaptaciones a menudo fueron forzosas quedando el discurso liberal en el siglo XX bajo la órbita de explícitos conservadurismos<sup>8</sup>. Con mayor turbulencia, las hegemonías populistas latinoamericanas arrojaron la significación liberal a la disidencia de muchas experiencias democratizadoras que no coincidían con las expectativas y creencias del credo republicano clásico<sup>9</sup>. En este sentido, las facciones antiperonistas-antifascistas, puntualmente, consideraron que el peronismo era una versión de “fascismo criollo” que

6 DEVOTO, Fernando. *Introducción. Historiografía Argentina*, Biblios, Buenos Aires, 2006. p. 14

7 MAGALLÓN ANAYA, Mario, *La democracia en América Latina*, Op. Cit. pp.83-84

8 HAYEK, Friedrich A. *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1991, p.14

9 De todas maneras, el turbio escenario ideológico ofrecido entre 1943 y 1955 no debe impedir observar que grandes sectores conservadores autodenominados nacionalistas se albergaron en las filas del peronismo. El funcionamiento heterogéneo del movimiento conducido al arbitrio de un líder carismático, alcanzaba para controlar las tensiones internas.

reconocía una doble inspiración: el totalitarismo europeo y las tradiciones vernáculas anteriores al denominado Proceso de Organización Nacional<sup>10</sup>. Los “herederos del reformismo” universitario hallaron un núcleo problemático en sus experiencias entre 1943 y 1955.

La significación de la “causa de la libertad” se consideró afectada por el “totalitarismo” y la lucha contra la “barbarie”, según el consenso de docentes universitarios y estudiantes. Pueden rastrearse entre los agentes referencias a campos semánticos-políticos: a) el discurso liberal democrático-republicano y la reivindicación positiva de una imaginería canónica que remonta a Mitre: “los hitos de Mayo y Caseros”; b) el vínculo militante con estructuras partidarias disidentes ancladas en tradiciones opuestas; c) en el plano de las luchas dentro del campo cultural, el combate historiográfico contra el revisionismo histórico vinculado a la militancia intelectual peronista. En 1943 la Unión Cívica Radical, principal estructura partidaria opositora, atravesaba una compleja encrucijada y reorganización interna. La muerte de Alvear en 1942 y las divisiones internas entre *yrigoyenistas* y *alvearistas*, que mutarían a *unionistas* e *intransigentes*, acarrearón las posibilidades de apoyar candidaturas de figuras militares como Justo o Ramírez. Durante el gobierno de facto de Farrell, la presencia de Perón actuaba como soporte de varias sospechas de dirigentes y sectores partidarios por su conducta desde la **Secretaría de Trabajo y Previsión**. Para Sigal los códigos e identidades que regían a la cultura política –izquierda, derecha, laicismo, conservadurismo– “saltaron en pedazos en 1945”<sup>11</sup>. El peronismo profundizó las divisiones políticas preexistentes.

La mayoría de los historiadores asociados a la Nueva Escuela Histórica respondieron con una estrategia adaptativa. Ricardo Levene, amparado bajo la “neutralidad erudita” en el claustro universitario, firmó una encuesta justicialista exigida<sup>12</sup> y gestionó desde la Academia Nacional de la Historia las políticas oficiales que la imaginación histórica oficialista demandaba hacia el panteón de Mayo, particularmente, y el culto a San Martín consagrando la política de la historia gubernamental. Los actos públicos auspiciaban la participación de historiadores en dichas manifestaciones políticas y estéticas que trabajaban como mediadores entre las intenciones gubernamentales y los elementos lúdicos de la cultura histórica. El rechazo que Levene generaba en algunos cuadros intelectuales del movimiento peronista no tenían trascendencia en cuanto a la escasa consideración que Perón mantenía sobre muchos de estos y los servicios eficaces como especialista partícipe en de los rituales políticos. Inclusive el cierre provisorio de las Academias, en 1952, por desavenencias políticas más que ideológicas e historiográficas, no significó la traslación automática de Levene al arco opositor y tras la reapertura de la misma no realizó ninguna alusión a la experiencia precedente<sup>13</sup>.

Durante la instalación programática del gobierno de facto entre 1943 y 1946, la campaña presidencial de 1945 y el tránsito del peronismo formalizado como movimiento y partido político, fue gestándose una “cultura de disidencia” hostil a la figura de Perón y su movimiento. El emergente líder justicialista demarcó su proyecto sobre en una concepción política que si bien no dudaba de principios básicos democráticos, como el sufragio, sí desafiaba algunos preceptos de la tradición republicana liberal como la negociación con el adversario, ciertas libertades y garantías individuales. La imaginería militante del amplio frente antiperonista recogió los

---

10 SIGAL, Silvia. *Intelectuales y poder en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, p.101.

11 *Ibid.* p.33

12 PAGANO, Nora. *La Nueva Escuela Histórica*. Op. Cit. p.115

13 *Ibid.*

símbolos en conflicto con los discursos e imágenes de la militancia revisionista peronista. Si bien el Estado no había oficializado propiamente un “canon revisionista” sino simplemente ofrecido espacios restrictivos e incluso un disciplinamiento a figuras destacadas del movimiento, la percepción de muchos intelectuales antiperonistas era de hostilidad cultural general. La réplica defensiva se condensaba en usos dicotómicos de la imaginería liberal reivindicando a Echeverría, Rivadavia, Sarmiento y Mitre contra la barbarie contemporánea.

De acuerdo a Félix Luna, las marchas de la Unión Democrática llevaban estos símbolos como defensas ideológicas contra el “nazi-peronismo”<sup>14</sup>. Historiadores renombrados como Emilio Ravignani y Ricardo Rojas, más los luego reconocidos Halperín Donghi y José Luis Romero, entre otros, integraron estas iniciativas. Perón rectificó su política al declarar contra el esencialismo abstracto una función pragmática de los estudios superiores para “resolver problemas argentinos”<sup>15</sup>. La Ley Universitaria 13.031 de 1947, cuestionando preceptos reformistas, y procedimientos autoritarios como exigencia de certificados policiales, presencia de fuerzas de seguridad o intentos de afiliaciones en empleados públicos<sup>16</sup>, entre otras medidas, acrecentaron las resistencias ideológicas. La disidencia en la batalla de las ideas y sus significaciones se recrudeció en la segunda presidencia de Perón, cuando las persecuciones a las manifestaciones partidarias aglutinaron definitivamente los bloques opositores.

Siguiendo a Spinelli, en cuanto a las interpretaciones y núcleos de ideas del diverso bloque antiperonista:

(...) el carácter totalitario del peronismo se manifestó no sólo en el culto a la personalidad del jefe de Estado y su esposa, que los diputados radicales de ambos bloques (intransigentes y unionistas) denunciaron asiduamente en las cámaras y en las legislaturas provinciales haciéndose acreedores a desafueros y prisión por tal motivo, sino fundamentalmente en las condiciones de asfixia y competencia desigual que el oficialismo impuso a través del monopolio de la propaganda<sup>17</sup>.

Cavarozzi, en tal sentido, interpreta el período de la proscripción y el enfrentamiento peronismo/antiperonismo como la tensión entre fuerzas sociales legítimas/legales escindidas entre sí<sup>18</sup>. El autor establece en su análisis un “sistema político dual” producto del empate entre las fuerzas sociales vigentes que resolvían sus conflictos por vías extraparlamentarias. En efecto el consenso antiperonista comenzará a fracturarse cuando los sectores articulados definan los modelos políticos y socioeconómicos que pretendían superar la herencia populista. De todos modos, aunque la legitimidad política subyacía en el movimiento peronista proscrito y sus significaciones culturales, es importante destacar las estrategias antiperonistas para condensar su legitimidad en este período.

Básicamente podían destacar los distintos niveles de resistencia durante el peronismo combatiéndolo desde la imaginería liberal, por ejemplo, como el homenaje a Echeverría y la defensiva exaltación de Mitre o Sarmiento como próceres culturales en contraste con la cultura plebeya peronista. Barba construyó una imagen del rosismo y sus gobiernos ofreciendo escuetas concesiones a revisionistas no hostiles a la Academia –como el antiperonista Julio Irazusta–, sin romper con el interés de los historiadores

---

14 LUNA, Félix, *El 45*, Buenos Aires, Eudeba, 1984, p.80.

15 PERÓN, Juan Domingo. *Perón expone su doctrina*. Centro Universitario Argentino. Buenos Aires. 1948. p.319

16 SIGAL, Silvia. *Intelectuales y poder en la Argentina*. Op. Cit. p. 36

17 *Ibid.* pp.185186

18 CAVAROZZI, Marcelo. *Autoritarismo y democracia*. Buenos Aires, Siglo XXI, p.55

juristas de señalar al rosismo como desestabilizador de los “ideales” de la Revolución de Mayo. En la *Historia de la Nación Argentina* no sólo no produce un desplazamiento semántico utilizando el concepto de *Tiranía*, sino destaca con claridad las consecuencias de “anquilosamiento del sistema republicano imperante hasta entonces (...) Pues bien la nueva ley quiebra la tradición mantenida desde Mayo y crea la tiranía. Y si Rosas no ejerció más poder del que dispuso fue porque no quiso”<sup>19</sup>. La significación de la *libertad* fue uno de los ejes centrales enarbolados por las fuerzas vencedoras. La tradición de Mayo fraguada por el peronismo, de acuerdo a esta interpretación, debería restaurarse a través de filiaciones imaginarias hacia la simbología liberal. Por tal motivo, Flavia Fiorucci resalta que la resistencia antiperonista superó la confrontación ideológica de los años ’30 para densificarse en una “guerra espiritual, entendida como la defensa de la vida cultural o el espíritu”<sup>20</sup>. Particularmente a partir de la Reforma Constitucional de 1949, cuestionando varios puntos nodales del credo liberal e institucional argentino, los sectores opositores multiplicaron sus esfuerzos por resistir al “régimen”.

Los cambios de paradigmas teóricos que condujeron a la modernización de la disciplina, a partir del período que se abre en 1955, no afectaron en demasía las concepciones del oficio y el *habitus* científico de los historiadores epígonos. El elemento de “parricidio” o “ruptura simbólica” presente en otras generaciones está aquí ausente. Prevalece, por el contrario, la intención de cercanía, anquilosamiento<sup>21</sup>, que la distancia en sí con los predecesores. Aunque dicho conservadurismo operó con dinanismos, tanto Barba, Segreti como Maeder, desde distintos puntos geográficos del Interior entre las décadas del ’50 al ’60, especialmente, se articularon orgánicamente como elementos cómplices de una generación que gozaba de una imaginería apoyada en “lugares sociales”, compartiendo una “doble dependencia” institucional: la Academia Nacional de la Historia y las Universidades Nacionales con sus respectivos centros de investigación.

Los agentes construyeron una comunidad de intereses valorando el prestigio historiográfico de la tradición liberal-científica, asimismo esclareciendo una *posición objetiva* desde el campo académico y el precario campo cultural periférico argentino. Aunque las filiaciones presentaban sus preferencias personales –Barba en Levene, Segreti en Ravignani, Maeder en los escritos económicos de Molinari y Carbia–, no se cuestionaba el encuadre global de pertenencia. La referencialidad que investía de autoridad a “maestros” de “La Nueva Escuela” no implicaba la asimilación pasiva de sus *corpus*, sino más bien cumplían diversas funciones desde una cita legitimadora, la evocación como autoridad en la misma institución académica para afirmar lazos o continuidades y lograr una enunciación ficcional de un “buen historiador” –como hicieron Luis A. Romero e Hilda Sabato en la representación del “historiador social” exime en la figura de José Luis Romero a partir de 1984–. El caso visible es Barba, por ejemplo, cuya referencialidad teórica posee una poderosa interdependencia con Ravignani, pero en el espacio social de la Academia decidió evocar a Levene como figura magistral asentada en la memoria institucional de la corporación.

La recepción se instrumentalizó en la promoción de *redes historiográficas* que compartían los preceptos epistemológicos de la “Nueva Escuela”. Observando el “lugar social” de producción e investidura simbólica de los epígonos, entendemos que la mutua colaboración y reconocimiento intelectual de paridad, estimuló el despliegue de

---

19 BARBA, Enrique M. *La formación de la Tiranía*. En: *Historia de la Nación Argentina*. Volumen VII. pp.115-116

20 *Ibid.* p.105

21 PAGANO, Nora. *La Nueva Escuela Histórica*. Op. Cit.

representaciones autolegitimantes para ubicarse en los escenarios del posperonismo. Entre 1917 y 1971 funcionaba en el Museo Mitre, resguardándose por mucho tiempo en la figura de Mitre como mito de origen. Cuando se restablecieron las Academias en 1955, Levene en su sobrio discurso de normalización regresó a partir de un homenaje al punto de origen indiscutido. En el mismo evento, el reciente académico incorporado Barba, se ocupó de homenajear la *Historia de Belgrano* admitiendo su carácter de clásico y perenidad debido a la virtud de Mitre de “haber hecho inteligible el proceso de nuestra historia”<sup>22</sup>. Treinta años después, Segreti participó en el homenaje a Mitre en sesquicentenario de su nacimiento en 1971, significándolo como “gran historiador y político”<sup>23</sup>. Para los académicos el poder simbólico de la filiación a Mitre funcionó como un ritual institucional<sup>24</sup>. En el caso de Maeder, aunque no faltan referencias elogiosas, prefirió destacar a los cronistas que historiaron en una etapa anterior a la historiografía erudita.

Barba había resistido la hegemonía peronista entre las filas antagónicas del radicalismo, construyendo un historial de persecuciones por disidencias políticas. Ese capital social era indispensable para los “requerimientos morales” que demandaban los cargos estatales entre 1955 y 1956. Su regreso a los lugares sociales anhelados ocurrió en la reestructuración de las universidades y la restauración de las Academias. Para Barba el acceso a las instancias de consagración obtuvo en el '55 un punto de inflexión. La Real Academia de Historia de España, y sucesivamente las de Paraguay y Perú lo nombraron miembro correspondiente. Si bien ya era un historiador prestigioso, e integrante excelso de la “Nueva Escuela” como discípulo “heredero” de Levene, recién en 1956 es miembro titular de la Academia argentina ocupando el mismo sitio de Ravnani. Tal incorporación se llevó a cabo en simultáneo con figuras militares como Roberto Levillier y el coronel Augusto Rodríguez, además del historiador-jurista vinculado al radicalismo, Ricardo Zorraquín Becú, intelectual de la misma generación. En su discurso inaugural, Barba recordó a sus maestros formadores marcando explícitamente su filiación –historiadores platenses como Levene y Carlos Heras quien lo recibiría–<sup>25</sup>. Dicha conferencia titulada *La lucha por el federalismo argentino* recuperaba referencias analíticas de Ravnani e historiadores platenses fundamentalmente.

Otro papel destacable fue su participación en otros rituales institucionales de la Academia. La publicación en clave ceremonial *Mitre: homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte*, publicado en 1957, siendo uno de los últimos eventos organizados por Levene, implicó un simbólico retorno al clásico mito de los orígenes reivindicando al “patriarca de la argentinidad”. Barba se ocupó puntualmente con su trabajo *Centenario de la biografía de Belgrano de Mitre* (1957). En este bosquejo de crítica erudita el historiador platense analizó la perennidad y la calidad de la obra de Mitre como proyecto científico y canónico sirviendo como modelo hasta el presente. Rescata la “ambiciosa reconstrucción documental”<sup>26</sup> así como

22 BARBA, Enrique M. Centenario de la biografía del Gral. Mitre. En *Mitre: homenaje de la Academia Nacional de la Historia en su cincuentenario de su muerte, 1906-1956*. Buenos Aires. 1956 p. 316

23 SEGRETI, Carlos S.A. El presidente Mitre y su relación con los Taboada. En: *Homenaje al general Bartolomé Mitre en el sesquicentenario de su nacimiento*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1971. p.220

24 La filiación a Mitre no es exclusiva de los historiadores de la Academia Nacional de la Historia. Los historiadores renovadores y socialistas José Luis Romero u Tulio Halperín Donghi reconocieron los méritos del “político-historiador”.

25 BARBA, M. Barba. *La lucha por el federalismo argentino*, Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1956.

26 BARBA, Enrique M. *Centenario de la biografía de Belgrano de Mitre*, En: *Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte (1906-1956)*, Buenos Aires, Academia



también el valor de Mitre como eficaz prosista, es decir, “la fuerza de la palabra”, elemento estético que también Barba no escatima en su calidad narrativa. Otro registro de su posición objetiva en los escenarios intelectuales, sería su prestigio institucional como “notable historiador del rosismo”<sup>27</sup> en las reseñas biográficas de Kraft apenas acontecido el golpe. Otra trayectoria notable, que en este capítulo trataremos, es la hegemonía política de Barba en la burocracia universitaria, particularmente durante la primera mitad de la década del ‘60. La distribución de las cátedras constituyó un síntoma claro de la hegemonía de la Nueva Escuela en el campo de especialización asequible sobre la historia argentina y americana. Enrique Barba regresó en 1956 a la cátedra Historia Americana II al mismo tiempo que al Instituto de Historia Argentina. Desde la dirección del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Carlos Heras reestructuró los claustros intentando definir las nuevas titularidades, por concursos o selecciones por antecedentes prevaleciendo las dedicaciones exclusivas, despejando así los cargos interinos de 1955-1956 y tomando como preferencia intelectual a los discípulos de la Escuela Platense<sup>28</sup>. El clima político reformista del frondicismo a partir de 1958, según la historiadora Girba Blacha, fue propicio para reorganizar definitivamente el plantel docente bajo el vigor de la autonomía universitaria<sup>29</sup>. La autorreproducción institucional exitosa de la Nueva Escuela, señalada por Pagano, regeneró sin dificultades el tejido social autóctono del campo universitario sin que las intervenciones peronista y la castrense de 1955 significaran un cuestionamiento a su fuerza vital y el arraigo cultural de la “tradición Humanística”. Durante el frondicismo, Barba aceptó la conducción del Decanato de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación durante el período 1958-1961.

Los epígonos más jóvenes, Segreti y Maeder, eran historiadores que intentaban insertarse en el mercado profesional optando entre la enseñanza en el nivel medio y la educación superior. Como estudiantes militantes antiperonistas del Instituto Nacional del Profesorado en Capital Federal, participaron en calidad de opositores a lo que consideraban el “régimen despótico” del peronismo. Las organizaciones estudiantiles ocuparon un papel importante en la resistencia a las políticas oficiales. El peronismo se había ocupado de crear sus propias organizaciones –como la Confederación General Universitaria–, pero el carácter hostil de la comunidad estudiantil, en continua intervención y limitada su libertad participativa, inhabilitó la propagación de militancias oficialistas. Sobre todo la acentuación de las políticas autoritarias, la persecución puntual a estudiantes o sus organizaciones en la segunda presidencia de Perón, inhabilitó este tipo de inserción y fomentó la disidencia. Maeder y Segreti se habían graduado en los años críticos de 1952 y 1955, correspondiendo el primero a una militancia católica articulada a la Acción Católica y la Democracia Cristiana; por otro lado, el segundo a la juventud de la Unión Cívica Radical.

La instalación definitiva de Segreti en 1956 en la Universidad Nacional de Córdoba se logró gracias a la designación por parte del historiador renovador normalizador Ceferino Garzón Maceda. No sólo en tanto ocupó rápidamente espacios de poder en el Instituto de Estudios Americanistas como Jefe de Investigaciones, sino que participó en publicaciones prestigiosas de emprendimientos locales como la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Este proceso se desarrolla de forma precoz **hasta 1957**. La dotación de dos cátedras en calidad de titular interino, Historia Argentina

Nacional de la Historia, 1957, p.395.

27 *Quién es quién en la Argentina: biografías contemporáneas*, Kraft, Buenos Aires, 1955, p.55

28 GIRBA BLACHA, Noemí. *Enrique M. Barba: los estudios históricos y su labor como Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación platense*. En: *BARBA, M. Enrique: In memoriam* Op. Cit. p.52

29 *Ibid.* 57

I e Historia Argentina II, lo coloca en un lugar privilegiado. La situación laboral irá regularizándose una vez que los sucesivos decanatos establezcan la planta docente hacia fines de la década del '60. El concurso libre por antecedentes y oposición en 1959 lo consagró en su cargo de forma estable siendo Víctor Massuh delegado interventor de la Facultad<sup>30</sup>. La estructuración del programa corresponde a una circunscripción en el campo de la historia política tradicional con densidad fáctica. En Argentina I la delimitación es desde 1776 hasta 1880 y en Argentina II desde la presidencia de Mitre hasta 1930. No sólo es coherente con su especialización profesional, sino con relación al estado general de estas cátedras en Argentina ocupadas por historiadores ajenos a la renovación u otras demarcaciones.

En 1957 ofreció cursos especiales en el verano sobre “Historia Argentina del período independiente” e “Historia de América en el período independiente”. Asimismo obtuvo la titularidad de Historia de la Cultura en la Escuela de la Aviación<sup>31</sup>. También concursó la titularidad de Historia de América I sin conseguir obtener dicho espacio. Los campos temáticos disputados nos indican las áreas de preferencias en la cual el historiador se adscribía. En la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales realizó cursos y buscó insertarse sin éxito, participando en el concurso de Historia del Derecho e Historia Institucional. No obstante la relación de Segreti con los docentes de dicha Facultad se mantuvo estrecha hasta la década del '90, ofreciendo en la misma conferencias y cursos

La selección de la bibliografía obligatoria es clara en su opción interpretativa y epistemológica. Desde la historiografía liberal decimonónica hasta la Nueva Escuela y sus epígonos –con escasísima presencia de expertos internacionales– hegemonizan la validación intelectual ejercida por Segreti acerca de cuáles corrientes nacionales son legítimas y cuáles son insuficientes. Los volúmenes de *Asambleas* de Ravignani pueden observarse en los seminarios y textos ofrecidos en los trabajos prácticos. Algunos textos de Levene, inclusive, corresponden a los ofrecidos en el Instituto Nacional del Profesorado de Capital Federal donde fue profesor Adscripto y ejerció reiteradas suplencias en las cátedras de Historia Argentina I y Americana II<sup>32</sup>. La demarcación promueve una fuerte centralidad a la Revolución de Mayo y la desestructuración pos virreinal con menor notoriedad el fenómeno rosista ubicando el quiebre en la batalla de Pavón. La impronta institucionalista característica de los historiadores-juristas de la primera mitad del siglo XX es notoria. Naturalmente la renovación está asunte, pero exponentes de la historia económica familiarizados con la Academia como Torre Revelo también. El programa de Argentina I incluyó como textos centrales hasta 1968 la *La Historia de Belgrano y la Independencia Argentina* (1857) de Mitre, entre los clásicos, pero sumado a exponentes de la Nueva Escuela como *¡Viva Ramírez!* (1938) de Diego Luis Molinari, *El federalismo argentino* (1950) de Zorraquín Becú y capítulos de la *Historia de la Nación Argentina* de la Academia. La legitimación en las selecciones estriba en su clara adscripción al legado intelectual de la Nueva Escuela en sus distintas vertientes.

El programa no suscitó importantes modificaciones a fines de la década del '60 y los '70 adaptándose a las últimas producciones de sus pares, es decir, los restantes epígonos miembros a su vez de la Academia. Existe una conexión historiográfica entre la bibliografía seleccionada por Segreti y la expuesta en el programa de Historia Argentina I, Historia de América I y II de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la

---

30 *Legajo académico de Segreti*, Carlos S.A. Recursos Humanos. Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

31 *Ibíd.*

32 *Ibíd.*

Educación de La Plata. Otro dato importante es la ausencia del peronismo como objeto de estudio invisibilizándolo hasta la década del '90 en Argentina II. Su adscripción partidaria al radicalismo continuaría en Córdoba adaptándose a las vertientes del mismo.

En sus memorias, Maeder describe con detalle su experiencia personal tras el golpe de 1955:

Aquellos acontecimientos dramáticos tuvieron repercusión en el Instituto y ello afectó de distinta manera a varios profesores. Diego Luis Molinari se asiló en la embajada de Haití. Allí lo visitamos con varios compañeros, no muchos y nos recibió entristecido. En el Instituto reinó desde entonces un clima de euforia y tensión. Desde el exterior, al igual que lo que ocurría en las universidades, grupos vinculados a la FUBA intentaron más de una vez tomar el instituto. Junto con algunos compañeros nos opusimos a ello (...) Nuestro antiperonismo, que era prácticamente unánime entre los estudiantes de la casa, no estaba ligado a círculos o tendencias políticas manejadas desde afuera, con el aval tácito o explícito de algunos profesores desplazados o renunciando en otra época, que buscaban la “limpieza” del profesorado existente<sup>33</sup>.

En Capital Federal, Maeder desarrolló la docencia en el Nivel Medio y participó como militante católico en el Partido Demócrata Cristiano. Primeramente Maeder durante el cursado en el Profesorado había sufrido lo que calificó como “crisis espiritual”<sup>34</sup>, resultante de lecturas sobre el materialismo histórico. La superación de la misma, asevera, se llevó a cabo a través de lecturas de pensadores católicos como Manuel Gálvez, José Manuel Estrada y José Manuel Estrada. Asimismo, participó de la reivindicación republicana a Esteban Echeverría, hecha por muchos historiadores antiperonistas, mediante la interpretación de Nidia Lamarque, quien intuía en sus poemas finales una reconversión al catolicismo<sup>35</sup>. En 1957, se publicó un artículo de Maeder en la revista *Criterio* sobre la condición educadora de Echeverría destacándolo como “defensor de los valores de la nacionalidad y con gran espíritu”<sup>36</sup>, autorizado a circulación por Carlos Foria.

Su interés pedagógico lo precipitó a fundar, con otros docentes, la revista *Cátedra y Vida*, dirigida por el sacerdote jesuita Juan Pruden. Los valores cristianos, en el perfil editorial, iban de la mano en simultáneo de un proyecto pedagógico. La dirección del mismo duró hasta su radicación en Resistencia. Otra colaboración menos regular fue su participación en la revista demócrata cristiana *Otra Cosa*, en los años inmediatos al derrocamiento de 1955, escribiendo por encargo una breve biografía laudatoria del orador y educador católico José Manuel Estrada. En esta temprana obra realizó una crítica al anticlericalismo de los gobiernos conservadores al perpetrar un “retroceso espiritual (...) precipitando a la joven República en un callejón (...) un desprecio por la concepción cristiana de la vida, que pone a Dios como última razón y suprema justicia”<sup>37</sup>. En este sentido contrasta a Mitre concibiéndole como “rector del Colegio Nacional y padre de familia” con Roca y a Wilde entendidos como “voltereanos” y “extranjerizadores”. Esta etapa podríamos calificarla como un inicio en su trayectoria de militante católico, ofreciendo su capital intelectual frecuentemente al servicio eclesiástico al mismo tiempo que al campo científico. La revista *Otra cosa* intentaba insertarse en jóvenes católicos con temas de interés general. Estos precoces

---

33 MAEDER, Ernesto J., *Evocaciones, recuerdos y confidencias*, Op. Cit. p.12

34 *Ibid.*

35 *Ibid.* 75

36 MAEDER, Ernesto J., *Echeverría, el educador*, en: *Contorno*, Buenos Aires, 1957, p.112.

37 MAEDER, Ernesto, J. *José Manuel Estrada*, en: *Otra Cosa*, Buenos Aires. 1956.

trabajos significaron los últimos de Maeder en Buenos Aires, antes de decidir instalarse en la provincia del Chaco en 1958.

Maeder reconoce haber estado al tanto de las discusiones políticas y las purgas en las universidades desde un lugar político. Para el historiador, su “adhesión más ideológica que partidaria” a la Democracia Cristiana “porque compartía su ideario republicano y cosmovisión cristiana de la política”<sup>38</sup> significó una de las vías de entrada a Resistencia. Tal como él mismo lo expresa: “Debo destacar que nuestra afiliación, pues Elena (esposa) me acompañó en ese paso, constituyó con el tiempo un afortunado pasaporte de identidad partidaria que nos abrió en Resistencia, las puertas de muchas casas de nuestros primeros y mejores amigos en aquella ciudad”<sup>39</sup>. Los vínculos políticos y su articulación territorial dilucidan los capitales sociales necesarios para la inserción en un ambiente ciertamente extraño. Los detalles que brindan las memorias de Maeder, proporcionan el agitado contexto intelectual de jóvenes historiadores antiperonistas conscientes de las altas expectativas y posibilidades de inserción en el Nivel Superior. Allí menciona un grupo considerable de historiadores platenses<sup>40</sup>. Tiene conocimiento perfecto de otros graduados del Instituto Joaquín V. González, los cuales han tenido éxito en tal iniciativa: “Además, los ejemplos de Carlos Segreti y Arturo Hand, quienes en 1956 y 1957, partieron para similares tareas en Córdoba y en Catamarca, respectivamente, me alentaron a seguir ese ejemplo”<sup>41</sup>. Con los historiadores mencionados, mantendrá una regular correspondencia.

Específicamente en el caso de Maeder, la posibilidad se concretó en 1957 gracias al vínculo existente con el interventor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, el profesor Oberdan Caletti, quien después de una entrevista aceptó al postulante para viajar e instalarse en Resistencia, en 1958. De acuerdo a Maeder: “Caletti no hizo reparos a mi currículum y en cambio ponderó mi actividad en *Cátedra y Vida*, alentándome a tomar una pronta decisión. El tiempo corría, me dijo, haciéndome ver que otros jóvenes recientemente egresados de La Plata ya habían aceptado ser parte del proyecto”<sup>42</sup>. Al igual que Segreti, el régimen de trabajo era un contrato de dedicación exclusiva, sin un paso inmediato a planta permanente<sup>43</sup>. Sin embargo, Maeder fue consciente del *riesgo* que implica su decisión. Cuestiones como vivienda, más cierta endeblez laboral debido a su provisoriedad contractual, más incluso la incertidumbre de las múltiples tareas a su disposición, se convirtieron en constantes preocupaciones. A diferencia de Segreti embaucado en cátedras precisas a su formación clásica americanista y preferencias personales, Maeder debió cubrir constantemente diversas materias como Introducción a la Historia e, incluso, Historia Antigua ante la escasez del personal en composición. Esta situación se definiría en su campo de especialización enmarcado en la cátedra de Historia Colonial Argentina en la década del '60.

### **El antiperonismo de los epígonos: la débil franja entre liberales y conservadores**

---

38 MAEDER, Ernesto J. *Evocaciones, recuerdos confidencias*. Op. Cit. p.74

39 *Ibid.* 74

40 *Ibid.* 81

41 *Ibid.* 83

42 *Ibid.* 81

43 *Ibid.* 81

La reestructuración de los escenarios antagónicos al peronismo, después de 1955, se efectivizó mediante la desperonización e intervenciones de las instituciones públicas favoreciendo a los agentes salidos victoriosos de la contienda. La gestión académica de las universidades, ejercida socialmente por la alianza de los sectores vencedores con elementos de continuismo, implicó un impulso a la reestructuración curricular y metodologías de enseñanza. Buchbinder caracteriza esas innovaciones como un “espíritu modernizador” con un impacto limitado en las provincias<sup>44</sup>. El discurso del pluralismo ideológico y códigos de convivencia democráticos eran efectivizados, naturalmente, únicamente sobre la comunidad científica o erudita no vinculada al gobierno depuesto. El autor afirma, por otro lado, que la disposición de recursos a las estructuras universitarias continuó incrementándose con la Revolución Libertadora, en un contexto de reactivación del ideal científico del docente universitario continuando la ampliación infraestructural previa a 1955<sup>45</sup>.

Los epígonos resultaron parte de las fuerzas de los vencedores. Afines a los intereses del consenso antiperonista y la Revolución Libertadora desalojando del poder a Perón, resultaron los elementos intelectuales que compartían en su discurso historiográfico con matices las interferencias del liberalismo conservador y el tradicionalismo historiográfico. Su capital intelectual se invirtió fundamentalmente en el campo de la lucha de las ideas a favor del clima político imperante adoptando distintas estrategias. Mientras Barba y Segreti se nuclearon en la estructura partidaria de la UCRP –con mayor asiduidad el segundo que el primero–, Maeder optó por las fuerzas sociales y políticas más conservadoras. Básicamente puede observarse la vinculación exitosa de Maeder con los gobiernos autoritarios de facto logrando acceder a posicionamientos estratégicos en la inestable etapa de 1956-1983.

Con el advenimiento del peronismo, Barba era un reconocido historiador que mantenía un vínculo estrecho con la estructura partidaria de la Unión Cívica Radical e historiadores ligados a esta referencias partidaria como Emilio Ravignani, Ernesto Celesia y Félix Luna. En el advenimiento de la primera presidencia de Perón, era Vicedecano de la Facultad de Humanidades de La Plata y docente en el Colegio Secundario de Señoritas Víctor Mercante<sup>46</sup>. Según su discípula Girba Blacha, al ser intervenida la universidad pidió sucesivas licencias como docente y director de Práctica en Historia siendo retirado de su cargo en 1952 pasando a la marginalidad disidente. También en 1952 claudicaron sus horas cátedras en Colegio Secundario de Señoritas Víctor Mercante<sup>47</sup>. Ese año otros liberales, como Ravignani y Pérez Amuchátegui, cesaron también en sus cargos. Barba había resistido la hegemonía peronista entre las filas del radicalismo construyendo su lugar antagónico en calidad de perseguido por disidencias políticas. Ese capital social y político era indispensable para los “requerimientos morales” que demandaban los cargos estatales entre 1955 y 1956.

No obstante, dicho episodio no significó el aislamiento intelectual del historiador platense, puesto que su vínculo con Levene permaneció intacto. Por otro lado, se acentuó su carácter de militante opositor en las filas del radicalismo. En un contexto hostil como el peronismo, el ataque a las interpretaciones de historiadores peronistas como José María Rosas y su percepción sobre el rosismo, se transformó en una resistencia cultural que Barba efectivizó en sus artículos de la *Historia de la Nación Argentina*. El imaginario liberal opositor se concentró en identificar a Perón con el caudillo decimonónico. La posición política en los epígonos nunca se manifestó en

---

44 BICHBINDER, Pablo. *Historia de las Universidades*. Buenos Aires, Biblos, 1999, p.179

45 *Ibid.* 71

46 *La Nación*, 1 de diciembre de 1988

47 Enrique M. Barba, *In Memoriam*, Op. Cit. 1995, pp-74-81.

incomodidad con sus preceptos científicos. En el caso de Barba, su liberalismo militante era asumido en su condición intrínseca de historiador. Según su discípulo, Carlos Mayo, Barba exaltaba en su trabajo como docente las ideas clásicas del liberalismo como el respeto a la divergencia<sup>48</sup>. Silvia C. Mallo lo definió como “político por definición, demostrando en ese terreno gran agudeza y un estilo frontal”<sup>49</sup>. Samuel Amaral aceptaba también su condición activa: “Su pasión por la política, que se notaba a flor de piel, era una pasión por la tolerancia y la libertad, que hacía tan impensable dejar de expresar sus opiniones como imponérmelas”<sup>50</sup>.

Una historiadora y colaboradora de Barba en el Archivo Histórico de la Nación, Graciela Swiderski, afirmó que los avatares de la política y las rupturas de los consensos democráticos habían acentuado en Barba su prédica por los valores republicanos como el pluralismo. La crítica a los revisionistas rosistas, puntualmente peronistas, se sostuvo en toda su carrera historiográfica. Barba expresaría con mejor claridad sus ideas política posteriormente indicando que el peronismo no era una democracia tal como lo expresa en un artículo de 1975: “Con Yrigoyen termina algo más que un gobierno; termina una forma de vida con sentido popular y nacional; en eso radica la gravedad del quiebre institucional que se prolonga hasta nuestros días”<sup>51</sup>.

Aquí destacamos lo que Spinelli observa entre los radicales antiperonistas acerca de la amenaza que representó el peronismo ante la “hegemonía de la representación”<sup>52</sup>. Continúa una crítica a la influencia de los “totalitarismos” entre los sucesivos gobiernos nacionalistas: “Lo que vino, por muchos años, fue extraño a nuestra manera íntima, profunda de ser. La extraña nacionalidad quedó en rehenes (...) afloró en nuestra América Latina, con el disfraz de soberanía nacional, legión de tiranuelos”<sup>53</sup>. Entre dichas influencias sostiene lo siguiente: “(...) una clase dirigente que decía hundir sus raíces en nuestra vieja historia, mostraba inocultable regocijo de Mussolini. El fascismo italiano, La Acción francesa de Maurras y toda la reacción vernácula que se conjugaban en una misma empresa buscando a un hombre fuerte”<sup>54</sup>. Puede observarse la no escisión política e ideológica que interpreta entre los gobiernos de 1943 y 1955. Asumiéndose como perseguido, afirma: “Los profesores y estudiantes que protestamos fuimos expulsados de la Universidad (...) Poco después apareció el rosismo como fuerza militante y doctrinaria”<sup>55</sup>. Denuncia, además, los órganos culturales pro-nazis como la redacción de *El Pampero*<sup>56</sup>. Décadas después Barba aprobaría el golpe de 1976 contra otro gobierno justicialista y, como presidente de la Academia, agradecería a las autoridades militares haber combatido esa “literatura peligrosa”<sup>57</sup>.

---

48 MAYO, Carlos A., *Barba, Enrique M., evocación del Maestro* En: Enrique M. Barba. Historiador y Maestro. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires. 1999. p.20

49 MALLO, Silvia. C. *Perfil humano del doctor Barba*. En: Enrique M. Barba, *In Memoriam*.

50 AMARAL, Samuel. *Mi recuerdo del doctor Enrique Barba* p.35 En: Enrique M. Barba, *In Memoriam*.

51 BARBA, Enrique M. *Rosas y los intereses británicos en la Argentina*. En: *Rosas . Arturo Enrique Sampay/Enrique M. Barba*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. P.53

52 SPINELLI, María A. *Los vencedores vencidos*, Op. Cit. p.115.

53 BARBA, Enrique. M. *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 1978, p.54

54 *Ibid.* 54

55 SEGRETI, Carlos. *El doctor Barba*. pp.53-54. En: Enrique M. Barba, *In Memoriam*.

56 Aunque la efervescencia del nacionalismo tuvo una réplica interesante en el mercado editorial de revistas como las publicaciones de *El Pampero*, el arco de los sectores no afines al gobierno aun ostentaban en cierta medida el control de muchas editoriales como ocurrió con las dificultades para publicar por parte de Leopoldo Marechal su *Adán Buenos Aires* y la alta competitividad frente el aparato estatal peronista que logró el éxito de *La Entrevista de Guayaquil* de Ricardo Rojas.

57 BARBA, Enrique. M. *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 1978

Segreti, presidente de la Comisión de Homenaje *post mortem* a Barba, tomó como aspecto relevante en su semblanza realizada en la Academia sus convicciones políticas:

Nada le quebró en la vida, nada le hizo torcer el rumbo que decidió para ella, nada le arredró. Seguro de sí mismo defendió, sin alardes vacuos o vanos, sus fundamentales convicciones. En los diversos órdenes de la vida enfrentó todo lo que entendió que debía enfrentar (...) Defendió siempre el estilo de vida democrático y rechazó todos los totalitarismos porque deseó lo mejor para su país. Fue antiperonista como casi todos nosotros, dispuestos a luchar por los ideales de Mayo frente al peligro de la tiranía<sup>58</sup>.

La semblanza de Segreti es sensible en señalar análogas creencias políticas sobre clivajes compartidos dentro del programa republicano del radicalismo el cual se concentró en un discurso propiamente institucionalista. Las condiciones específicas del campo político ofrecidas por la proscripción sobre el movimiento peronista, facilitaron la conjunción entre los factores estructurales y los intereses particulares de los agentes. En efecto, la posición objetiva dentro de la relación de fuerzas, reglas de juego y directrices jurídicas entre 1955-1973, significaron un panorama despejado o favorable para la inserción –en el caso de Barba (re)inserción– institucional de los epígonos en el campo académico y cultural argentino. La legitimidad de esta dinámica intentó ser acompañada por la legalidad de las intervenciones en las universidades y reapertura de la Academia Nacional de la Historia, en sintonía con la política desperonizadora de la Revolución Libertadora. Durante la etapa de la proscripción, se beneficiaron del control de las instituciones públicas y sus lazos con el Estado, los mecanismos de consagración y otorgadores de prestigio, la legitimación académica así como los accesos a distintos medios de comunicación para la divulgación del conocimiento histórico.

Los epígonos Segreti y Meder participaron en las filas del estudiantado movilizado contra el peronismo. Su cursado en Instituto Nacional del Profesorado “Joaquín V. González” –instituto controlado por historiadores formados en la Nueva Escuela– durante la segunda presidencia de Perón marcó el ápice de los conflictos. Los jóvenes estudiantes eran historiadores que intentaban insertarse en el mundo profesional optando entre la enseñanza en el nivel medio y la educación superior. Como estudiantes antiperonistas participaron en calidad de alumnos opositores a lo que consideraban el régimen despótico del peronismo. Segreti comparte con Barba el liberalismo y sus preceptos como código ético e intelectual, al mismo tiempo que una perspectiva negativa del peronismo y el revisionismo histórico en general dentro de las tradiciones nacionales. Tal apreciación coincide con los historiadores juristas de la Nueva Escuela preocupados en indagar la historia institucional del Estado Argentino partiendo del principio de “ir hacia los orígenes”. Segreti considera al “orden” como el baluarte básico de la formación de una sociedad con funcionalidad eficiente en sus instituciones.

En el caso de Maeder, destacamos una complejidad aún más difícil de dilucidar. Aquí el conservadurismo es más explícito, es decir, se considera al mismo tiempo *republicano* y *conservador*. En sus memorias, se define como antiperonista y es rotundo en su propia caracterización:

“(…) debo agregar que profeso la fe cristiana; creo que la vida ha de cimentarse en la familia, el trabajo, el orden y el respeto por los demás; como universitario practico la libertad de pensar, escribir y enseñar; como ciudadano no adhiero a partido político alguno, pero soy republicano convencido, tal como lo indica la constitución y en cierto modo, me siento conservador, entendiendo esta calificación como adhesión a la preeminencia de la ley y las instituciones por sobre cualquier abuso despótico”<sup>59</sup>.

---

58 SEGRETI, Carlos S.A., *En recuerdo del doctor Enrique M. Barba* En *Enrique M. Barba In Memoriam* p.28

59 MAEDER, Ernesto, *Evocaciones, recuerdos y confidencias*, Op. Cit. p.10

La identificación coherente con preceptos científicos, con audaces indagaciones teóricas y metodológicas en los años '60 que rozaban la frontera con la renovación historiográfica, no fueron incompatibles con una identificación hacia valores tradicionalistas y autoritarios. Durante los experimentos castrenses entre 1955 y 1983, Maeder obtendrá un aceleramiento en su carrera como historiador profesional y hombre público influyente evidenciando las redes sociales que frecuentaba. Los vínculos con la democracia cristiana fueron esporádicos permaneciendo de forma estable en las filas de la Acción Católica y contactos con autoridades militares. Durante el gobierno de Onganía, Maeder se afianza en la burocracia de la Universidad nacional de Nordeste definiendo su condición laboral y dirigiendo el Departamento de Historia. Precisamente un elemento en común, entre los tres epígonos, es la aceptación positiva de las intervenciones militares y la represión popular de los regímenes castrenses. Las derivaciones del liberalismo en el siglo XX, demuestra las convivencias en las administraciones de los gobiernos de facto.

### **Conclusiones**

En este trabajo intentamos caracterizar el involucramiento social de historiadores de la Nueva Escuela Histórica, decididamente antiperonistas, en el clima político de la proscripción al “régimen” populista entre 1955 y 1973. La experiencia peronista significó una quiebra en la cultura política argentina arrastrando a muchos intelectuales liberales y conservadores (algunos) a los espacios de disidencia. La fuerte polarización social, asumida desde los campos lingüísticos del Estado y sus autoridades, más el extendido disciplinamiento a los empleados públicos y el monopolio de las instancias de consagración intelectuales, aceleraron el involucramiento político de los agentes profesionales.

Las numerosas creaciones de Departamentos de Historia e institutos de investigación en ciencias sociales, tanto en universidades públicas y privadas a partir de 1956, y el regreso de la Academia en 1955, ofrecieron el marco propicio para una comunidad interpretativa más consolidada. Las comunicaciones facilitaron articulaciones laborales entre académicos interrumpidos únicamente bajo los interregnos de intervenciones militares. El problema era la heterogeneidad presente en dicha comunidad, es decir, agentes con capitales intelectuales fundados en prácticas que lindaban umbrales teóricos y filosóficos desiguales: desde el conocimiento estrictamente metódico positivista hasta el ensayismo de erudición sin un problema articulador, progresaban en campos epistémicos paralelos albergados bajo las mismas instituciones. Los epígonos participaron de este proceso desde un lugar ambiguo. Pues si bien es posible considerarlos parte del proceso modernizador, insertos bajo una concepción meritocrática de la trayectoria académica compartiendo los requisitos fundamentales del oficio, se adscribieron a una compulsión conservadora de la producción historiográfica, con excepción parcial de Maeder.

Con el calificativo *conservador*, debe aclararse un significado no peyorativo sino de aceptación normativa de lo preexistente sobre prácticas nuevas: el predominio abrumador del empirismo sobre la teorización resultando en las prácticas una escueta interdisciplinariedad, la desconfianza hacia otras metodologías y modelos historiográficos internacionales donde fundar los principios de la práctica. Obviamente esta afirmación exige matices y singularidades de acuerdo a los casos. En su momento indagaremos sobre la distancia que generaron los historiadores renovadores buscando



nuevas fuentes de legitimidad intelectual. Si tenemos en cuenta también el carácter marginal de la renovación, podríamos afirmar que los epígonos gozaban de tanta o más legitimidad institucional que los renovadores.

Aunque en el caso de Barba su acercamiento a las filas del radicalismo fue anterior a la experiencia de 1943-1955, se acentuó su militancia partidaria puntualmente bajo el peronismo y la Revolución Libertadora. La reinscripción de Barba a la burocracia universitaria en 1955 implicó una dimensión política intensa participando en la reestructuración de la Universidad Nacional de la Plata y su ingreso a la Academia Nacional de la Historia. Los jóvenes recién egresados Segreti y Maeder se vincularon con Barba en el sector civil de la alianza cívico-militar que arrojó a Perón del poder. Precisamente la Revolución Libertadora necesitó el apoyo de un vasto sector de la comunidad científica para el proyecto desesperonizador de las universidades. Será este sector el que se beneficiará del acceso a las universidades naciones de las provincias, ubicándose Segreti en Córdoba y Maeder en Resistencia en la década del '50. El traslado de Buenos Aires a los espacios provinciales no interrumpirá sus aspiraciones a integrar filas partidarias paralelamente al trabajo del oficio científico del historiador.

El peronismo rompió muchos de los clivajes ideológicos clásicos y modificó la configuración partidaria del sistema político argentino. Como sostiene Cavarozzi, la Revolución Libertadora al instalar la proscripción al partido con mayor fuerza electoral, hirió al sistema político provocando crisis permanentes y una escisión entre *legitimidad* y *legalidad*. Aunque las fuerzas antiperonistas –donde se encontraban los agentes analizados– controlaban los recursos estatales, los mecanismos culturales de consagración y dispositivos legales, los demás sectores sociales arrastraban a los gobiernos radicales y de facto a una fragilidad endémica ante su carencia de legitimidad. Sin embargo, los historiadores de la Academia Nacional de la Historia, a la cual pertenecían los agentes, se ocuparon de fundar la legitimidad política de la proscripción al peronismo desde el campo cultural.

La disputa por las significaciones del concepto *democracia* abocaron a los agentes seleccionados. Como sostiene Magallón Anaya, Occidente no ha sido capaz de realizar un concepto unívoco de democracia pues “La diversidad es la característica de los seres humanos y de entidades como sujetos políticos hacedores de la historia, en la que están implícitos el tiempo y el espacio, los cuales dan sustento ontológico al ser humano”<sup>60</sup>. La implícita divergencia de intereses predispone al control del Estado en el eje de los conflictos entre sectores sociales movilizados. Para los epígonos el peronismo estaba lejos de ser una democracia cuestionando el ejercicio del poder estatal. Pero las intervenciones militares son analizadas como elementos intrínsecos al sistema republicano en el caso de los experimentos plebeyos democratizadores de la esfera social. Los partidos a los que se afiliaron corresponden a los espacios de disidencia afectados ante la hegemonía peronista percibiendo peligrar su propia representación.

En tal sentido, las sensibilidades académicas ocurrieron en sintonía a las transformaciones partidarias. El peronismo modificaría muchas de las estrategias y funcionamientos internos de los partidos tradicionales y las izquierdas en su conjunto heterogéneo. La reestructuración sindical –una estructura social inédita– y las preferencias electorales de las masas condicionaron un nuevo escenario de disputas. El liberalismo, después de la crisis de 1930, adopta un acercamiento al pensamiento conservador. En Argentina, los gobiernos de 1943-1955, en sintonía con los cambios en el concierto internacional, generaron la emergencia de militancias antifascistas que encontraron en Perón la encarnación de un proyecto totalitario. Los agentes aquí analizados coinciden en identificarse con lo que Spinelli llama “discurso republicano

---

60 MAGALLÓN ANAYA, Mario. *La democracia en América Latina*, Op. Cit. p.87

clásico” derivando, en el caso del radicalismo, en el abandono de las raíces populistas yrigoyenistas y concentrándose en la defensa de las instituciones contra las “alteraciones” adjudicadas al peronismo. Barba y Segreti se acercaron a la rama balbinista más tradicionalista del radicalismo en calidad de historiadores institucionalistas conservadores. Como en el caso de la mayoría de las fuerzas antiperonistas, nunca interpretaron a los golpes de estado de 1955 y 1976 como falencias en el funcionamiento del sistema político. En el caso de Maeder, la autoidentificación como “conservador republicano” y “antiperonista” obedece a una opción como militante en la Acción Católica desprendiéndose de la Democracia Cristiana cuando en los años ’60 se uniría al peronismo.

Sin embargo, los matices *conservadores* y *tradicionalistas* antes mencionados, cabe advertir, mantenían una distancia de posturas nacionalistas de extrema derecha y lineamientos culturales hispanistas. Si bien eran claramente “americanistas” defendiendo la misión “civilizatoria” de España sobre las Indias, la identidad más utilizada era la de formar parte de una comunidad de profesionales y científicos negando la coacción ideológica. El caso de Maeder es muy lúcido al respecto: siendo militante católico su obra fue reconocida por Halperín Donghi como un buen acercamiento a la historia social y económica<sup>61</sup>. Creemos que los estudios sobre las derechas merecen una ampliación temática que no descansa únicamente en las versiones fascistas y de nacionalismo extremo, sino que indague en otras tradiciones que impusieron discursivamente el orden como punta pié necesario para cualquier configuración social aceptable.

### **Bibliografía:**

CAVAROZZI, Marcelo. *Autoritarismo y democracia*. Buenos Aires, Siglo XXI.

DEVOTO, Fernando. *Introducción. Historiografía Argentina*, Biblios, Buenos Aires, 2006.

HAYEK, Friedrich A. *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1991.

LUNA, Félix, *El 45*, Buenos Aires, Eudeba, 1984.

MAGALLÓN ANAYA, Mario, *La democracia en América Latina*, Plaza y Valdés, México, 2003.

ROMERO, José Luis, *El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX*, en ROMERO J.L. (Comps.). *Pensamiento Conservador (1815-1898)*, Caracas, 1978.

SIGAL, Silvia. *Intelectuales y poder en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

SPINELLI, María A. *Los vencedores vencidos. El antiperonismo*. Buenos Aires, Biblios, 2007.

### **Fuentes:**

BARBA, Enrique. M. *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 1978

Enrique M. Barba, *In Memoriam*, Academia Nacional de la Historia. 1995

MAEDER, Ernesto, *Evocaciones, recuerdos y confidencias*, Contexto, Resistencia, 2013

---

61 HALPERÍN DONGHI, Tulio. *Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)*. En: Desarrollo. Económico, Buenos Aires., vol. 25, Nº 100, enero-marzo, 1986.

PERÓN, Juan Domingo. *Perón expone su doctrina*. Centro Universitario Argentino. Buenos Aires. 1948.

Segreti, Carlos S.A., Legajo académico. Recursos Humanos, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades.